

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID
Un mes 3 pesetas

PROVINCIAS

3 meses 10 pta.—6 meses 19.—Año, 37 pta.

ULTRAMAR, ANTILLAS Y FILIPINAS
6 meses, 40 pta.—Año, 75 pta.

Número suelto, 10 céntimos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de la Greda, 10, principal

LA OPINION

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO
Unión Postal

3 meses, 18 pta.—6 meses, 35 pta.—Año, 65 pta.

PAISES NO CONVENIENTES

Trimestre, 50 pesetas

Número atrasado, 25 céntimos

Anuncios: á 0'20 céntimos de peseta

ADMINISTRADOR

D. José F. Brunengo

Calle de la Greda, 10, principal

LA NIEVE

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL SEÑOR DON
MANUEL OSORIO Y BERNARD

Los almendros estaban en flor, y la flor de los almendros representa la virginidad de la primavera, frágil y bella; a la flor de los almendros sigue luego la tumultuosa aparición de las rosas, el profuso retoño de todos los botoncillos que descubren sus misterios, las clavellinas, las azucenas, las maravillas de las flores, ya agrietados los capullos de amapolas muestran los capullos de mariposas, flores en libertad, cuyo aroma se hizo espíritu, cuyas corolas se convirtieron en alas.

La noche anterior había sido fría, una traición del invierno que antes de huir había bruscamente; nadie pudo esperar, porque los días eran entonces tibios y luminosos; pero, no obstante, aquella noche había soplo el viento, la lluvia que hubo de caer en las primeras horas se convirtió en nieve, y por la mañana aparecieron cubiertas de una no muy espesa capa blanca los campos, y los tejados de la población; mas no había que desear: la primavera trunfaba: los almendros estaban en flor.

Y aquella ligera nevada no produjo más que algunos peligrosos charcos, toses y estornudos en los viejos, y aguijón las naturalezas jóvenes aquel airecillo tóxico y frío como un queso helado; ya habían llegado a los altos árboles del Buen Retiro los pájaros más cantantes de la temporada y por los solitarios paseos se veía alguna que otra pareja representando su idilio.

Juan y Juanita, eran entre todos los enamorados de Madrid como las flores de los almendros, los anuncios de la primavera.

Juan, un estudiante, espiado, gentil, parlero, que todos los años esperaba los últimos meses del curso para abrir los libros... y vean ustedes qué suerte la suya, llegaba la primavera tentadora... y adios buenos propósitos; además Juanita...

—Mira, yo llevaré la cesta que me trajiste de Biarritz, en ella el algodón y haré crochet y te estudiaré. Podemos irnos al Retiro... Yo no entro en el obrador hasta las nueve porque ahora tenemos poco trabajo; tú tienes clase a las diez, hay tiempo, había dicho Juanita a Juan la tarde anterior, sin tener por manera alguna que amaneciese nevado Madrid al día siguiente; así fue que cuando el estudiante llegó a casa de Juanita, ésta estuvo a punto de desistir de su empeño.

—¡Bonita estaba la mañana, haría frío para chaparse las uñas de gusto!

—No, hijita; una mañana hermosa, un frío que alegra; todo ha sido una broma —exclamó Juan;— con que no seas cobarda y vámonos, Juanita. Ya lo ves, soy buen muchacho... traigo el derecho canónico debajo del brazo; te leeré algo; verás qué lectura tan amena y divertida.

Y salieron entre amorosos alborozos, risueños, divertidos por su propia audacia y hallando muy original aquello de darse un paseo pisando la nieve y corriendo por ella como un gorrión y una nevadilla.

Ya lo verás, no hemos de encontrar ni un alma.

—Dirán los que nos vean —replicó Juanita;— esos han perdido el juicio.

Y se echó a reír como una locuela.

Juanito iba muy erguido, y Juanita estremeciéndose contenta al sentir el aire fresco de la mañana y la ardorosa reacción de la sangre. Llevaba un gracioso y sencillo sombrero en su rubia cabeza, rojos los labios, brillante la mirada. Tenía Juanita ojos hermosos y grandes y travessos y vivos, y la boquita más charlatana y riante del mundo femenino y modistil. Y vaya un cuerpo proporcionado y saleroso! Al verla, miraba uno la figura de mayor gentileza y elegancia que pueda sorprender a hombre alguno por esas benditas calles en la barahunda del pueblo madrileño.

—¡Calla, el viejo del otro día... —dijo Juanita cuando llegaron al paseo de las estatuas.

—Es verdad, el abuelico fisgón... Miran que valiente; está aquí, y a pesar del frío —replicó Juan.

Con paso torpe iba caminando, apoyado en su bastón, un viejo, vestido con un gabán oscuro y usado, pantalones así mismo oscuros y doblados sobre los reos borregos. Llevaba un sombrero hongo de ala ancha, bajo las cuales resaltaban sus cabellos blancos como la misma nieve. Su porte era modesto y decente; tres días antes le había chocado a Juanita y a Juan aquel viejo que hubo de quedarse mirándoles con extraña fijeza y con una singularísima expresión de melancolía. Los muchachos, al ver que eran mirados, miraron a su vez al viejecito curioso, y contemplaron un rostro enjuto, de facciones afnadas, de barba saliente y firme, de cejas espesas, y creyeron descubrir en aquella cara rasgos de un carácter tenaz y de una voluntad recia. Aquella cabeza temblona, aquellos ojos apenados y aquella faz rugosa, no lograban desmentir los signos reveladores de un ánimo entero y testarudo.

—Mira, chico, que no nos vea... Vámonos por aquí... es un viejo curioso.

—Será algún retirado gruñón; un vejete de acero... mírale qué valiente, —dijo Juan, mirando con cierta simpatía varonil al anciano... —Ese ha de ser capaz de defenderse con el palo como en otro tiempo lo haría con la espada. Pero mujer, cómo nos miraba el otro día.

—Todos los viejos son así —replicó Juanita;— amigos de fisgonear.

—Buen picaresco está ese: lo que tenía era envidia; se acordaba de sus tiempos. Debe de ser terrible eso de verse uno viejo y encontrar por todas partes muchachas bonitas.

—Pobre abuelico!

Los jóvenes habían dirigido sus pasos hacia uno de los caminos laterales; el

viejo seguía por el paseo de las estatuas hacia el gran estanque, despacio, como un caracol subiendo con su casa a cuestas por una tapia; el cielo se hallaba empañado por un tenue velo de nubes grises que transparentaban lo azul del espacio y traslucían el fulgor de Oriente; Juanita y Juanito perdieron la formalidad, y olvidando al viejo comenzaron a jugar y a correr sobre la tierra nevada, en la cual quedaban marcadas las huellas de las botas de ancha suela de Juan y las menudas botitas de Juanita; ésta arrojaba nieve a la cara de su amante, y éste quiso vengarse refregando con nieve la carita rosada de la modista; por esto en perseguirse y reírse gastaban su tiempo los jóvenes, y ni el crochet, ni el derecho canónico hallaron atención ni momento oportuno para alimentar los buenos propósitos de Juan y de Juanita; las risas no eran moderadas; las carreras fueron en curvas, quebras, avances y retrocesos ruidosos y continuos; los encuentros, riesgos deseados, eran luchas hipocritas que podían terminar en abrazos, choques rápidos de los cuales...

—¡Quién sabe, si como al descuido los rientes labios de Juan imprimían un fugitivo beso ofrecido por la misma alegría. De pronto Juanito se sobrecogió y en vez de la fingida protesta que por burlas mostraba, se puso grave y ruborizada, pidió a Juanito que se estuviera quieto: le miraba alguien, el picaresco viejo le había descubierto; en efecto, por entre las ramas aún desnudas de los arbustos les contemplaba como absorto el anciano.

—¡Qué entrometido es el abuelico! —murmuró Juan con marcado enojo...

Tomaron Juan y Juanita otro camino; por fin el viejo no les perseguía; y al sentirse libres de él, tomaron asiento en un banco de piedra, y estuvieron contemplativamente mirando cómo se derretía la nieve a la acción del sol, que ya había despejado de nubes el cielo; piaban los pajarillos, y Juan y Juanita, con las manos entrelazadas comenzaron a hablar de su tierno afecto, con la infantil confianza de dos enamorados y una alegría ingenua, pura, tan seductora y luminosa como el mismo cielo.

—¡Oh! por Dios... Juan... Si nos habrán visto... —exclamó repentinamente Juanita, confusa y azorada y añadió con asombro y con temor... —Nos ha visto, mira, mira allí...

Era el viejo... ¡qué manía de viejo! le había perseguido, y les vigilaba sin duda alguna; pero Juan y Juanita le vieron volverse; habían notado tal vez que los jóvenes le habían sorprendido en su atisbamiento impertinente y hula avergonzado; pero de pronto advirtieron los jóvenes que el viejecito se llevaba un pañuelo blanco a los ojos, su paso era desigual, ora apresurado, ora lento; bien se detenía, ya tornaba a su marcha... advirtieron ese casi imperceptible movimiento de hombros y ese agobiamiento de espaldas de los que lloran, y aun creyeron oír sollozos... Después vieron que el viejo apoyaba en un tronco su brazo y sobre éste su cabeza.

No cabía duda, el viejecito lloraba, ¿se habría puesto enfermo? ¿qué le ocurría? ¡pobrecillo! Juanita y Juan se dirigieron a él; quién sabe, puede que a pesar de su traje limpio y su porte decoroso, fuese algún necesitado, algún vergonzoso infeliz... y la que tomaron por persecución cautelosa los jóvenes, no fuera sino cobarde tentativa de acercarse a ellos para demandar una limosna.

Los jóvenes se acercaron al anciano; lloraba en efecto; gemía como un niño, y a través de las lágrimas contemplaba con dulzura y gratitud al estudiante y a la modista.

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

—No, no; no son dos hermanos. Dispénsenme Vds. —decía con palabras entrecortadas por la aflicción profunda del desconocido... —¿Qué hay de malo en que un joven se venga a paseo con una muchacha honrada? Son Vds. novios... Si, como él, como mi hijo... también escapaba a gozar de esta alegría; ha muerto, caballero; ha muerto, señorita... Yo, yo, un estúpido rigorista, un padre criminal y exigente... le sorprendí aquí, cuando era más feliz y más libre; ella huía; pobre muchacha; huía ruborosa y llorando cuando yo aparecí brutalmente a reprimir a mi hijo; éste me siguió sumiso y cabizbajo. Se parece a usted aquella muchacha... y usted a mi hijo. Le he perdido; pesan sobre mí ochenta y un años y tengo los cabellos blancos y mi vida se desmorona como esa nieve; el terrible recuerdo aciaba los últimos días de mi existencia. Mi hijo venía aquí... por este tiempo; la última vez, como ahora... los almendros estaban en flor...

—¿Qué le ocurre a usted, señor? —preguntó cariñosamente Juanita.

—Se ha puesto usted malo, caballero? Le acompañaremos a casa mi hermana y yo... añadió discretamente Juan...

POLÍTICOS

En los círculos de hombres públicos, invade todas las conversaciones la discusión habida ayer en el Senado.

Es la nota de la noche el triunfo completo del Sr. Puigcerver, defendiéndose de los cargos del Sr. Camacho.

Hasta los adversarios del partido liberal lo reconocen así, distinguiéndose los conservadores en hacer frases laudatorias para el discurso del Ministro de Hacienda.

La *Epoca* dice:

«Sereno, repuesto, con acento convencido y con dignidad exenta de toda altanería, trató los puntos principales por el Sr. Camacho, con seriedad, y en especial los que se refieren al impuesto sobre la renta y a la bondad del arriendo de los tabacos.

Respecto de lo primero, declaró que no había infringido ninguna ley; que en su departamento, no sólo no había encontrado antecedentes que hicieran modificar su propósito, sino que había hallado los que el Sr. Camacho tuvo a la vista para imponer aquel gravamen sobre la deuda del interior y del exterior también; deseo que no llegó a realizar aquel Ministro, porque los tenebrosos de Londres le atajaron con una protesta que le obligó a hacer las manifestaciones que el Sr. Marqués de Casa Jiménez le arrancó en la alta Cámara.

Según *El Correo*, al Sr. Camacho, principalmente, ha debido molestarle la delicadeza, mezclada de digna altivez, con que el Sr. Puigcerver le recordó los servicios por él prestados a su gestión desde la comisión de presupuestos, y en otras comisiones; y el fin reproche que le dirigió, porque no le hablara con franqueza de los tabacos, cuando fué a consultarle; como asimismo le ha debido producir cierta cólera, la sencillez con que le demostró que sus presupuestos no habían sido saldados ni con recursos permanentes, ni en ellos se habían hecho economías, antes aumento de gastos.

La votación del art. 1.º del proyecto de tabacos se aplazó para hoy, después que rectificó el Sr. Camacho.

Comparte la predilección de los comentaristas en los círculos políticos con el discurso del Ministro de Hacienda, el banquete de los reformistas por los atrevimientos y desnudeces de algunos brindis.

Según cuanto anoche se decía, no se ha reñido bien por los periódicos toda la irreverencia y todo el descaído de los discursos reformistas; pero se debe tener en cuenta que el correctivo puesto por el Sr. Romero Robledo con aquiescencia del Sr. López Domínguez, y que la consideración de que fué una junta de personas que inútilmente aspiran a constituir un partido político formal, atenúan grandemente la importancia de lo sucedido.

Los asuntos reformistas deben mirarse con cierto humorismo, y por eso nos extraña que *La Epoca* tome en serio lo ocurrido y diga:

«El Sr. Linares Rivas estuvo tan belicosa, que no se contentó con poder olvidarse del sitio en que hablaba, de la cuestión que elegía y del auditorio que iba a escuchar. El Sr. Linares Rivas, según la versión de *El Imparcial*, «acerró con dureza contra el Gobierno y contra los Sres. Cánovas y Sagasta, para cuyas asechanzas y trabajos se alzó una legión de las armas y medios que emplean los malos partidos en su defensa».

Ni aun suavizando estas frases, como luego las suavizaron los Sres. Romero Robledo y López Domínguez, podemos admitirlas. Si el Sr. Linares Rivas, cuya autoridad no discutimos, ha querido dirigir una amenaza encubierta, sepa que la desdénan cuantos lealmente militan en el campo de la legalidad; si ha querido que esos conceptos revolucionarios resacasen en alguna parte, está seguro de que no han de ser oídos con miedo.

Pero de todas suertes, bueno es que conste que hay un partido, apenas incubado, que en vez de discutir en las Cortes, calla; que en vez de buscar la lucha, huye; que en vez de afirmar sus principios, amenaza.

El sistema sería bueno si estuviera tan desacreditado, y ese método de hacer política gubernamental tendría éxito si por acaso no nos conociésemos los partidos y los hombres.

El banquete de anoche fué, pues, un desastre para los reformistas. Lo que dijo el orador aludido no es prudente, ni es propio de un ex-Ministro, ni debieron tolerarlo los jefes. Mejor que la censura a posteriori habría sido la protesta en el acto en que empezó tan desdichada censura.

Del grupo reformista se conocen las amenazas antes que la constitución del partido y que el programa político que ha de defender.

Véase si es posible conceder importancia a sus actos y manifestaciones de carácter más o menos político.

Unos 60 Diputados y Senadores, representantes de Castilla, Aragón y Andalucía, se reunieron ayer tarde en el Senado, para discutir los medios de conjurar la crisis por que atraviesa la producción de cereales.

La discusión giró acerca de la proposición que el Sr. Polo de Bernabé tiene presentada en el Senado sobre aumento de los derechos arancelarios sobre los cereales, interviniendo en ella los señores Gamazo, Muro, Botija, Peña-Ramiro, López (D. Cayo), García (D. Diego), Calderón y Herce, Oliva y Cuesta y Santiago.

Por unanimidad ha sido aceptado el pensamiento de la proposición, así como el de otra presentada por el Sr. Oliva para que una comisión de la provincia interesada exponga al Gobierno el estado de la provincia.

Ha llamado la atención la declaración del Sr. Gamazo de que los castellanos tomarían una actitud resuelta si el Gobierno accedía a la pretensión de los bolistas pidiendo la derogación del impuesto del 1 por 100.

Estos representantes hicieron manifestaciones muy favorables al referido impuesto, considerando que no es justo que mientras la agricultura y la industria se ven tan agobiadas, los Tenedores de papel del Estado protesten de un gravamen

tan modesto y soportable como el que establece el Ministro de Hacienda.

Sobre este interesante asunto ya consignamos ayer nuestra opinión con toda franqueza, y vemos que se va generalizando como debe.

La sesión del Congreso no ofreció otro interés que el de algunas preguntas y un largo debate sobre el proyecto de ley relativo al ferrocarril de Linares a Almería, interviniendo en el debate, que versó sobre los intereses de región y los de Teruel, los Sres. Ministro de Fomento, Santa Cruz, Castell, Cárdenas, Delgado y Araca.

El Sr. Ministro ofreció que si no hay licitadores en la subasta de la línea de Calatayud y Teruel, se hará por cuenta del Estado.

Mucho pudiéramos decir relativamente a la actitud que *La Epoca* ha supuesto al Gobernador general de Filipinas, en ocasión en que el Sr. Conde de Tejada de Valdosera remitió a Manila el Código penal para su planteamiento, y que, a la verdad, no se compadece con las afirmaciones del colega al ocuparse de la carta de Manila, que hace días insertamos. Pero el debate, en ese punto, no ofrece interés alguno, desde el instante en que el diario conservador hace la siguiente declaración:

«El Sr. Conde de Tejada de Valdosera dispuso el estudio de las razones expuestas por el Gobierno general, el cual ha sido detenido y minucioso. Una vez terminado y no hallando suficientes las razones alegadas, el Sr. Balaguer, que en esto no ha hecho más que seguir la tramitación del expediente incoado, ha reiterado las órdenes para el inmediato planteamiento».

Es evidente, pues, que la misma *Epoca* viene ahora a destruir sus injustos e irreflexivos ataques de los últimos días, dirigidos al respetable Ministro de Ultramar, señor Balaguer, a pretexto de noticias particulares que recibió el Archipiélago.

Basta con hacer constar esto.

Ayer se ha reunido la comisión de presupuestos, acordando que pasen a las subcomisiones dos proyectos presentados con aquellos, y que se excite el celo de las mismas para que emitan dictamen lo antes posible.

El Ministro de Negocios Extranjeros de Portugal, Sr. Barros Gomes, ha dirigido al representante de aquel país en esta corte el siguiente despacho telegráfico:

«Sirvase V. E., en nombre del Gobierno portugués, felicitar al Ministro de Estado por su feliz y brillante éxito expedición a Mindanao. En la consolidación de su extenso dominio colonial respectivo y aumento en el prestigio de Portugal y España, saludan con júbilo las dos naciones peninsulares uno de los factores esenciales de su futura grandeza. —Barros Gomes».

Ayer circuló en el salón de conferencias del Congreso el rumor de que se había recibido una carta del Sr. Santos Guzmán, que se halla en la Habana, separándose del grupo romerista y recordando su libertad de acción para volver al partido conservador.

El Sr. Castelar pasará una temporada en Málaga invitado por sus correligionarios de aquella capital.

Los Diputados a Cortes que pertenecen al Cuerpo de ingenieros agrónomos, tratan de comenzar en breve una activa campaña parlamentaria, y especialmente en la discusión de los presupuestos, a fin de recabar cuantas ventajas puedan en bien de una carrera hoy tan desatendida. A este fin se han distribuido previamente los trabajos que cada cual debe tratar.

El Sr. Pi y Margall persiste en su propósito de discutir en el Congreso los presupuestos del Estado.

La comisión de Gobierno interior del Congreso parece que se propone usar del voto de confianza que se le ha concedido introduciendo grandes economías en el personal y material del presupuesto.

El Sr. Ramos Calderón ha recibido del Alcalde de Sevilla el siguiente telegrama:

«Celebrada hoy sesión comité, aprobada por unanimidad una proposición mia terminando divisiones partidos, verificándose con aplauso de todos conciliación completa con los disidentes».

Entre algunos opositores se ha comentado el hecho de que en la sesión del sábado el Ministro de Hacienda no contestara al Sr. Camacho, cuando esto no fué sino una muestra de cortesía y de deferencia para el Presidente de la comisión de tabacos Sr. Hernández de la Rúa.

La fórmula de los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos, referente a los delitos de imprenta, se encuentra ya firmada, y aceptada por el Gobierno.

Como ayer dijimos, la suspensión del periódico desaparece.

Algunos más detalles tenemos que quizá publiquen hoy varios diarios de la mañana; pero por ser inseguros y tal vez erróneos, nos abstendremos de darlos a conocer a nuestros lectores.

De elecciones aún no setienen noticias definitivas; pero respecto a Luarca, ya se

sabe lo suficiente para afirmar la victoria del Sr. Suárez Inclán.

Los datos son estos: Viesca; 242 votos; Suárez, 451. Faltan siete secciones, que suman 215 votos.

De Don Benito son muy incompletos todavía los antecedentes que hay.

La *Epoca*, con una sinceridad encantadora que es lástima tenga cierto amargor de inmodestia, se erige anoche en maestra del buen gusto; atributo, que no porque se lo adjudique ella misma, nosotros hemos de contradecir ni disputar.

Lejos de esto, a su calificación de *pésima*, adjudicada a nuestro gusto, vamos a corresponder con la de *optima*, aplicada al suyo; y luego, que ese tribunal de alzada, que se llama público, haga su calificación definitiva.

Es muy cómodo el procedimiento empleado por nuestro apreciable colega: en vez de tomarse el trabajo de impugnar las observaciones que nosotros exponíamos en favor del impuesto del uno por ciento y en contra de la protesta nada respetuosa de algunos de los oradores del *meeting*, se limita a entresacar—mutillando—un párrafo en que decíamos haber visto individuos que hace algunos años estaban con el pelo de la dehesa y las manos llenas de sabañones, barriendo las

tienas, de que eran humildes horteros, y ahora se les contempla con soberbios trinos, suntuosos hoteles y figurando entre los primeros accionistas del Banco de España.

Pues esto que vimos, es verdad; como lo habría visto también el citado periódico si hubiera asistido a la reunión, siendo seguramente más fácil que a nadie distinguir a alguno de esos individuos, por tratarse de correligionarios suyos.

Y ya en esta camino de las reconvencciones no se detiene el colega, sino que más adelante nos acusa de injustos, de faltos de consideración y de no sabernos qué otras cosas más.

Ayuntamiento de Madrid

